



CULTURA

Mis recuerdos de don Antonio Machado

Rubén Landa



Rubén Landa

Examen de metafísica. No sé bien cuándo ni en donde conocí a don Antonio Machado. Probablemente me lo presentó en Madrid, en la calle, su hermano José durante la primera Guerra Mundial. Entonces apenas hablamos. La segunda vez que nos vimos fue una tarde de septiembre (1917?) en los claustros bajos de la Universidad Central. Los claustros estaban casi solitarios y en silencio. Yo iba a examinarme de una asignatura del doctorado de Filosofía, precisamente de Metafísica. Allí estaba don Antonio Machado. Le saludé, y supe, sorprendido que también él iba a examinarse. Nos sentamos en uno de los poyos próximos al ángulo del claustro que está más cerca de la calle de los Reyes. Teníamos enfrente los ventanales que dan a un pequeño jardín interior, algo abandonado, sombrío, con árboles altos, de mucha fronda: casi el único encanto de aquel caserón desapacible construido por los jesuitas. Un sacerdote joven paseaba por el claustro. Don Antonio Machado dijo: "En todas estas cosas hay siempre un cura, y siempre es el peor". Llegaron los tres profesores que habían de examinarnos: Ortega y Gasset, García Morente y otro, que no recuerdo. Pronto el bedel anunció a voces que el examen iba a empezar, y entramos los tres alumnos en el aula. Era una habitación pequeña, con poca luz, que venía de la estrecha calle de los Reyes. Ortega en el examen, que era oral, pedía al alumno que hablara de un clásico de la Filosofía elegida por el mismo alumno. Pude oír que don Antonio Machado hablaba de Kant; pero no me enteré de más, porque hablaba bajo y de la calle

entraba ruido de coches. No sé si fue aquella ocasión o más tarde, cuando me elogió el libro de Morente acerca de Kant, sobre todo por la claridad con que exponía puntos difíciles.

En Toledo. José Machado trabajaba, como yo, en el Colegio de segunda enseñanza que se organizó en la Residencia de Estudiantes. Me propuso que fuera con él y con su hermano don Antonio a pasar dos días en Toledo, y me pidió que yo les guiase (hacia 1917 o 1918). Salimos de Madrid una mañana temprano. Fuimos en tren, en un coche de tercera: habíamos convenido gastar poco. Nos hospedamos en una posada (así se llamaba) que había en Zocodover; pero no tenía entrada de carros ni de caballerías, ni se veían allí arrieros, era una casa de huéspedes, en un piso alto, que yo sabía por amigos míos que tenía un ambiente agradable.

Para mí el atractivo principal de la excursión era estar con don Antonio Machado, y trataba sobre todo que la excursión fuese a gusto suyo. Pronto vi que era una persona fácil de agradar. Todo le parecía bien; era sencillo, natural, de una finura exquisita y espontánea al tratar a los demás. Era ya uno de los mejores escritores españoles de su tiempo; pero nunca parecía pensar en esto, ni querer que los otros lo pensasen; mas bien se colocaba como el último en el grupo. Habló poco. Más tarde supe que para hacerle hablar era preciso estimularle: tendía a estar callado o a oír. Otras personas, visitando ciudades como Toledo, no pueden evitar el hacer comentarios que a veces son pretenciosos y sin valor. Pero se notaba que don Antonio Machado sentía interés,

RESUMEN:

Rubén Landa (Badajoz, 1890-México, 1978); profesor y escritor, muerto en el exilio, conoció a don Antonio Machado en torno a 1917 y narra en este texto (inédito hasta ahora, y que nos ha sido facilitado por su sobrina Carmen López Landa) algunas vivencias compartidas con el autor de "Campos de Castilla": un viaje a Toledo y otros recuerdos de su época de profesores en Segovia. Rubén Landa fue director del colegio Luis Vives de México entre 1942 y 1947; en dicho centro impartió clases de Inglés, Psicología, Ética y Filosofía.

porque se fijaba en todo, y siempre estaba dispuesto a ver más. Ya entonces no podía andar deprisa; pero anduvimos mucho, como cuando íbamos guiados a buen paso en las excursiones de la Institución por nuestro común maestro Cossío, seguido de muchachos y muchachas acostumbrados por él a escalar las cumbres del Guadarrama. Aunque yo temía cansarle, y con frecuencia le proponía que descansásemos, creo que sólo descansamos un rato por la noche en un café. Así pasamos andando, de pie, mirando cosas de arte, buena parte de la mañana del primer día y toda su tarde, toda la mañana del segundo día y parte de su tarde, hasta tomar el tren de vuelta a Madrid. También nuestra modesta y tranquila casa de huéspedes parecía agradar a don Antonio, la gente atenta que nos servía, la comida aderezada con cuidado. Me dejó la impresión de una persona encantadora.

En la sala de profesores. Tardamos en volvernos a reunir. Hacia el año 1926 fui a enseñar al Instituto de Segovia. Don Antonio Machado era allí profesor de francés, y allí seguimos los dos hasta después de proclamarse la Segunda República. Por lo menos durante un curso tuve entre dos clases una hora libre. Esto, que un profesor lo consideraba siempre como un grave trastorno, par mí fue entonces una de las suertes grandes de mi vida, porque también don Antonio Machado tenía libre aquella hora entre dos clases. La pasábamos los dos solos, charlando. Yo sabía ya por nuestros amigos de Segovia, que don Antonio tendía a estar callado, y que para que hablase era preciso incitarle un poco. Aunque no hacía mucho tiempo que nos conocíamos, en nuestro pasado había recuerdos comunes de los que nos gustaba hablar. Su padre, como el mío, fue republicano, y uno y otro muy amigos de don Nicolás Salmerón. El padre de don Antonio Machado escribió en "La Justicia", el periódico del partido que dirigía Salmerón. Y los dos nos habíamos educado en la Institución Libre de Enseñanza. Íbamos descubriendo coincidencias en nuestras admiraciones y afectos. Un día, don Antonio me dijo que de sus maestros de la Institución el que más estimaba con don Francisco Giner y el señor Cossío, era don José de Caso, a cuya clase de filosofía en la Universidad Central asistí yo varios años y de quien aprendí mucho. Era discípulo de Salmerón y amigo antiguo de mi padre como del de don Antonio Machado. Del señor Caso (así le llamábamos sus alumnos) contaba don Francisco Giner que no sabía de ningún profesor que preparase tanto sus clases. Los dos vivíamos fuera de la iglesia católica, y los dos estábamos acostumbrados a un ambiente de tolerancia y de respeto, en el que podía convivir con no católicos sin molestia alguna el católico más sincero. De esto creo que no hablamos nunca. Y sí con frecuencia de literatura. Don Antonio leía mucho. Me dijo que había leído todas las obras dramáticas de Lope de Vega, y comentándolas me decía que el verso servía para dar concisión al diálogo, a diferencia de lo que aparece en obras dramáticas españolas en verso del siglo XX.

Muy pronto se interesó por el teatro. Siendo estudiante formó con su amigo el poeta Antonio de Zayas (después duque de Amalfi y diplomático) una compañía de aficionados que representaba en los barrios bajos de Madrid. Una vez representaron un drama cuyo asunto era la vida de Cristóbal Colón. Cuando en una escena Colón se lamentaba de que le habían abandonado, y estaba pobre y hambriento, un espectador le tiró un panecillo, que fue a darle en la cabeza con gran regocijo del auditorio.

La compañía estaba muy mal de fondos, y de crédito también. Durante el primer acto de una de las representaciones se presentó el peluquero que le había provisto. Exigió el pago inmediato del alquiler y, como en aquel momento no tenía dinero suficiente, se llevó sus pelucas, barbas y bigotes. Sin ellos aparecieron los actores en las escenas siguientes de la misma obra. Más tarde, don Antonio Machado llegó a trabajar algún tiempo, poco, en

la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Conservó siempre la amistad con Antonio de Zayas, pero en política pensaban de manera muy distinta. Zayas era muy conservador, y más que conservador. Según Antonio Machado, cuando le enviaron a Buenos Aires como embajador de España, no podía admitir que fuese embajador, sino virrey.

Machado conocía bien la literatura francesa. Leyó muy pronto la larga serie de volúmenes de Proust. Hablándome de "Si le grain ne meurt" de André Gide, me dijo que algo de lo que sobre sí mismo y sobre Oscar Wilde cuenta Gide en este libro es repulsivo, que los autores franceses habían dado ya tantas vueltas al amor que, para escribir algo nuevo, trataban de aberraciones. Me habló con gran respeto de Rubén Darío, a quien trató en París. Creía que bebía, pero no era fácil advertirlo, porque lo hacía con gran pudor. Sentía gran admiración no sólo por la obra, sino también por la persona de Valle Inclán. Decía de él que sabía soportar con gran dignidad estrecheces económicas y sufrimientos. Me contó que, cuando en un café de Madrid, una botella lanzada contra otra persona hirió casualmente un brazo de Valle Inclán, y fue preciso amputárselo, se negó a que empleasen ningún anestésico, y soportó la operación con entereza enorme, sin una queja.

Don Antonio Machado no hablaba mal de nadie. Su agudo sentido crítico se manifestaba en ironías deliciosas que nunca tenían la intención de herir. Alguien me contó, que al invitarle para que hablara en un acto en Segovia organizado con motivo del centenario de Pestalozzi, contestó: "Para eso no cuenten ustedes conmigo; sólo cuando celebren el centenario de Herodes". Únicamente en la intimidad llamaba "Las Euménides" a dos señoras de muy mal genio e impacables en sus luchas provincianas. Un excelente amigo suyo de Segovia solía llevar de excursión en su autovóvil a don Antonio Machado y a otros amigos; pero el automóvil le ocasionaba muchas contrariedades, porque con frecuencia dejaba de marchar. En una de estas paradas imprevistas, mientras el dueño del automóvil trataba de arreglarlo, don Antonio y los demás pasearon por la carretera, y al fin se sentaron en una roca, a bastante distancia del coche. De pronto el dueño de éste les gritó de lejos: "¡Tráiganme una cuerda!" Don Antonio comentó: "La quiere para ahorcarse".

No le gustaba la nieve; decía que en el campo nevado parecía quedarse sin vida. Un invierno, yendo en tren de Segovia a Madrid, había tanta nieve en la vía que el tren quedó detenido cerca del túnel de Tablada, y allí en los vagones, tuvieron que pasar la noche. Al día siguiente les enviaron desde Madrid un tren de socorro. Don Antonio debió tomarlo con mucha tranquilidad, como hacía siempre, y contaba con gracia escenas cómicas que presencié entonces.

Don Antonio y sus alumnos. Su trabajo de enseñar francés a principiantes no le gustaba. "Mi subida de todos los días al Calvario" llamaba a la subida desde la plaza del Azoguejo de Segovia hasta su cátedra del Instituto. En sus últimos años de Segovia andaba con dificultad, y decía: "Primero subir la interminable escalinata que va al lado del acueducto, desde el Azoguejo a la plaza del Instituto; luego unos escalones para entrar en el jardín de éste; ya dentro, la escalera del piso bajo al principal; desde el claustro alto al aula, cuatro o cinco escalones más; aún dentro de la clase, otros escalones para llegar al estrado del profesor".

Pero de su trabajo en el Instituto lo que menos le gustaba era examinar. Muchas veces estuve con él en el tribunal de exámenes. Estos le parecían interminables. "¿De dónde saldrán tantos alumnos?", decía. "Parece que brotan hasta de debajo de las piedras". Aunque por su antigüedad en el escalafón le correspondía presidir el tribunal, nunca se sentaba en el centro, sino en una esquina de la mesa, y muy cerca de él el alumno que se exami-

naba. Los dos hablaban tan bajo que nadie más se enteraba de lo que sucedía en el examen: Y don Antonio aprobaba a todos; pero una vez un alumno, para su desgracia, en lugar de sentarse cerca de don Antonio, se quedó de pie ante la mesa del tribunal, y no muy cerca. Don Antonio tuvo que levantar la voz para preguntarle, y al alumno también se le oía perfectamente. Era un examen de Historia de la literatura española. Don Antonio hizo varias preguntas más. Idéntico resultado. Don Antonio tuvo una última esperanza y le dijo: “¿Quisiera decirnos algo sobre Cervantes?” Respuesta del alumno: “No me suena”. Que yo sepa, es el único suspenso que dio don Antonio Machado.

Un día tuvimos que examinar a una mujer joven que sabíamos se había quedado viuda y con hijos, y para ganarse la vida había decidido hacerse enfermera. Entre otros requisitos le exigían el examen de ingreso en la segunda enseñanza. Don Antonio presidió el tribunal. Contra su costumbre, esta vez no dejó hacer ni se dejó llevar. Como presidente tomó la iniciativa. “Háblenos usted de la geografía de España”, dijo a la señora. “Usted sabe que el río Tajo pasa por Toledo y desemboca en el Atlántico por Lisboa”. Y antes de que ella pudiese hablar, continuó: “Sí, eso lo sabe usted. Ahora díganos algo sobre Aritmética. Usted también sabe que cinco por cinco son veinticinco, ¿no es verdad? Sí, eso también lo sabe usted”. Y así continuó, hasta que dijo a la Señora: “Puede usted retirarse”. Ni a ella ni a los demás miembros del tribunal nos dejó hablar. Propuso un aprobado. No hubo discrepancias.

Durante algún tiempo, en el Instituto de Segovia, además de francés, lengua y literatura españolas. Me contó que le había dado muy buen resultado leer a los alumnos el poema del Cid en la edición de Pedro Salinas en verso y español moderno (supongo que siendo práctico como actor, lo leería muy bien). Este consejo suyo me ha sido utilísimo. Cuando, estando en el Instituto de Segovia, tuve que encargarme de una clase de español, leí a los alumnos el poema de Cid en la edición de Salinas, precisamente en un ejemplar que me prestó don Antonio y que le había dedicado Salinas. Les interesó mucho.

Don Antonio académico. Cuando fue elegido académico de la Lengua, los alumnos del Instituto de Segovia quisieron mostrarle su afecto. Después de pensarlo mucho decidieron al fin entregarle un álbum con las firmas de todos ellos. Se fijó el día de la entrega. Nadie había preparado nada. Fue algo muy espontáneo y natural, lleno de cordialidad, sin afectación alguna. Los profesores nos habíamos reunido en el despacho del director. Este pensó que la entrega debía hacerse en el paraninfo, y allá fuimos todos, profesores y alumnos, recorriendo la escalera y los claustros algo más despacio que de costumbre, pero sin un orden determinado. Llegamos al paraninfo y fue uno de esos momentos en que don Antonio, a pesar de su aire descuidado y su aspecto de niño distraído, tomó la iniciativa, sin duda para evitar toda solemnidad. No se sentó, se fue hacia un rincón, y allí acudieron sus alumnos y le rodearon. Hablaban brevemente en tono natural. Recuerdo que oí a don Antonio decirles: “Yo tengo vocación de niño”.

A don Antonio le eligieron académico sin que él lo solicitase, y nunca llegó a serlo, porque nunca llegó a tomar posesión del cargo. Me dijo el tema que había elegido para el discurso de ingreso: la poesía romántica en España, o la poesía española en el siglo XIX, no recuerdo bien.

La Universidad Popular de Segovia. Don Antonio Machado fundó con otros profesores y personas de profesiones liberales la Universidad Popular Segoviana. Al principio, ésta no tenía local propio. Todo lo que poseía era un armario, al cual hicieron sitio en la Escuela Normal de Maestros. Los profesores de la Universidad Popular daban gratuitamente clases nocturnas, orga-

nizaron conferencias públicas y una biblioteca circulante que prestaba libros a personas de la capital y de los pueblos de la provincia. Don Antonio daba una clase de francés y contaba que siempre tenía alumnos, pero que todos eran nuevos cada día. También decía que la Universidad Popular era una caja de resonancia, porque no teniendo más que un armario, se hablaba mucho de ella en Segovia y aún en Madrid. Como don Antonio iba con frecuencia a Madrid y tenía allí muchas amistades, solía encargarse de buscar conferenciantes. A éstos la Universidad sólo les pagaba el viaje y la estancia en Segovia.

Dio muchos libros para la biblioteca de la Universidad Popular. En esto, como en todo, era muy generoso. A mí varias veces me prestó y me regaló libros.

El café y los amigos. A primera hora de la tarde, don Antonio solía reunirse con varios amigos en el café de la Unión, viejo y antiguo, con largos asientos de terciopelo rojo, y sobre ellos, espejos a lo largo de todo el muro. De la calle, estrecha, llegaba poca luz. Estaba, y acaso esté todavía, en la calle Real, entre la iglesia de San Martín y la Plaza Mayor. En la parte de atrás tenía un comedor con balcones que daban al paseo del Mirador, abiertos, creo, en las antiguas murallas románicas, y que tienen una vista hermosa: abajo el Clamores, un arroyo cubierto por arboledas de chopos, olmos, acacias y castaños de Indias. Al otro lado del Clamores, la iglesia y el barrio de San Millán, las lomas del pinarillo y más allá de los pinos, casi enanos campos de trigo, y en el fondo, la sierra de Guadarrama con nieve la mayor parte del año. Allí, del lado norte, dura más la nieve que en la vertiente de la sierra que se ve desde Madrid. Alguna vez comimos en aquel comedor los amigos con don Antonio. Desde los últimos tiempos de la monarquía sirvió para reuniones del partido republicano. De allá salió la lista de candidatos republicanos a concejales que triunfó, casi toda ella, también en Segovia, en las elecciones que trajeron la República.

Don Antonio tenía en Segovia un grupo de amigos excelentes, gente joven interesante. Casi todos formaban parte de la Universidad Popular, y habían recibido el influjo del maestro señor Zambrano, padre de la escritora María Zambrano. A él perteneció un buen escultor, Barral, que en 1936 murió heroicamente en el frente de Madrid. No era un círculo cerrado, todo lo contrario. Una tarde, sentado a la mesa del café con don Antonio, estaba un hombre desconocido para mí. Pregunté quién era: “un chófer”, me dijeron, como algo muy natural. Y muy natural era esto en el ambiente social tan democrático que es característico de España. Allí es muy natural que un obrero se siente a la misma mesa de igual a igual con intelectuales y, sobre todo, con un intelectual como don Antonio Machado, que, en su sencillez, es una de las personas de mayor distinción que he conocido. Y allí es muy natural que un obrero quiera oír hablar a un escritor como Machado. Ni en su traje ni en sus maneras se diferenciaban el obrero de los demás del grupo. Y sin duda se sentía en un ambiente acogedor. Alguna vez don Antonio, hablándome del teatro clásico español, me dijo que éste se hallaba muy cerca del pueblo, y me refirió que en Madrid, estando dos obreros leyendo en una cartelera de teatros el anuncio de *La vida es sueño*, oyó que uno decía al otro: “Esto es lo nuestro”.

Aquellos jóvenes, ya formados, muchos de ellos ya casados y con hijos, sentían un profundo afecto por don Antonio, como por un padre o un maestro.

Nunca hacían alarde de ellos, al menos delante de él. Nada al exterior indicaba que Machado presidía el grupo. Para no pocos de ellos era el hombre que más había influido en su vida. Don Antonio tendía a estar callado y dejaba hablar; pero sus amigos derivaban hábilmente la conversación de modo que le estimulaban a participar activamente en ella.

Este grupo, en la década de 1920 publicó una revista literaria, como por entonces se hizo en otras provincias españolas, y algo más tarde, hacia 1930, un diario republicano, *Segovia Republicana*. Si no recuerdo mal, don Antonio colaboró alguna vez en los dos, y creo que en uno de ellos leí un artículo suyo sobre el teatro y el cine. Sostenía que tiene mucho más valor el primero.

La casa de huéspedes. Vivía en una casa de huéspedes muy modesta, cerca de la iglesia de San Esteban y del palacio del obispo. Estuve allí dos o tres veces. La patrona era una buenísima mujer, viuda, con un hijo de diecisiete o dieciocho años. Estaban en posición económica apurada. Por esto la casa no tenía comodidades, aunque me pareció muy limpia y arreglada. En el cuarto de don Antonio sólo había los muebles más indispensables. Era muy frío. Tenía una ventana desde donde veía el pueblecito de Zamarramala, el camino en cuesta y el páramo que lo rodea. Don Antonio, de broma, decía que en invierno para calentarlo abría la ventana, porque el aire de dentro estaba más frío que el de fuera. Sus amigos encontraron para él un alojamiento más confortable y no más caro. Sin embargo, no se mudó. Conociendo a don Antonio, la explicación es fácil; en su casa de huéspedes, por carecer de comodidades, ya no quedaba más huéspedes que él. Si también él se marchaba, la situación de aquella viuda y de aquel muchacho sería peor. Y seguramente aquella madre y aquel hijo había tomado afecto a un señor que daba tan poco que hacer, y don Antonio estimaría mucho su compañía.

Una de las pocas veces que fui a aquella casa, estaba don Antonio enfermo. Le pregunté si necesitaba algo, y entonces me entregó dinero y me pidió que lo enviase por giro telegráfico. No recuerdo para quién, pero sí que era para Soria. Debía tener mucho interés en enviarlo, cuando me pidió este favor, porque don Antonio no solía pedir nada a nadie. Debiéndole yo tanto es lo único que me pidió desde que nos conocimos hasta su muerte, en más de veinte años. Supongo que aquel dinero era para los padres de su esposa: "la Leonor", que alguna vez nombra en sus poesías y que había muerto en Soria hacía ya bastantes años.

El cuarteto. En Segovia existía una sociedad de conciertos. Se llamaba algo así como la "Filarmónica de Segovia". Uno de sus conciertos lo dio un cuarteto de músicos jóvenes de Checoslovaquia. Debio ser hacia el año 1930. Don Antonio asistió al concierto. Fue por la tarde. Aquella misma noche los cuatro ejecutantes fueron a mi casa. Le dije a don Antonio que, si quería, fuese él también, y fue. Señal de que no era hurano. Sin duda le gustó el concierto y le agradaba charlar con aquellos músicos. No sabían español, pero sí francés, y en francés hablaron. Es la única vez que oí a don Antonio hablar en francés. Lo hablaba con soltura y correctamente, hasta donde yo puedo juzgar, y con la naturalidad con que hacía todo. Intervino mucho en la conversación y aquellos jóvenes me dijeron al día siguiente que habían quedado encantados con él.



Alfonso Sánchez Portela: Don Antonio Machado en el café de las Salesas, (Archivo General de la Administración).

La República. Don Antonio pertenecía al partido de "Acción Republicana" fundado durante la dictadura de Primo de Rivera, entre otros y principalmente por José Giral, y en el cual pronto se destacó don Manuel Azaña. Ortega y Gasset, a poco de publicar su artículo "Delenda est monarchia" y hacia el final de ésta, fundó la "Agrupación de Amigos de la República". Al principio era compatible pertenecer a ella y a un partido político; después no. El primer acto público y el más importante que organizó esta agrupación fue un mitin en Segovia, en el cual hablaron Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón. Acudieron muchas personas de Madrid. Presidió don Antonio. El local era grande, un teatro. Estaba atestado. Don Antonio abrió un cuaderno y leyó, o parecía que leía. Con naturalidad, sin tono oratorio. Leía bien. Se le oía perfectamente sin que esforzase la voz. Fue breve, no trató de atraer la atención del público hacia él. Al terminar el mitin los periodistas se acercaron a él para pedirle el texto que había leído. Les contestó que no había traído nada escrito. "Sí —le dijeron—, lo que ha leído usted en el cuaderno", en insistió "en el cuaderno no hay nada escrito", y les enseñó las hojas del cuaderno: estaban todas en blanco. Probablemente, para no hacer alarde de oratoria hizo que leía, pero no leyó. ■